

CRÓNICAS DE LOS TARS

EL SECRETO DEL BOSQUE

JORGE MAYO

NOTA DEL AUTOR

Permítanme presentarme: soy Jorge Mayo, el autor detrás de esta novela de fantasía que están a punto de disfrutar. Desde el primer trazo de pluma hasta la última palabra escrita, he dedicado mi corazón y alma a crear una historia que espero les emocione, haga reflexionar y, quién sabe, tal vez derrame algunas lágrimas.

En estas páginas, encontrarán el prólogo y primer capítulo de un universo de emociones tejido con personajes entrañables y situaciones que desafían la imaginación. Es mi deseo que se sumerjan en cada trama como yo lo hice al crearlo, y que encuentren significado y belleza en cada palabra.

La novela verá la luz a lo largo del primer semestre de este año 2024 y será autopublicada en la plataforma de Amazon, tanto en su versión física como digital. Quiero apostar por esta plataforma, ya que me permite tener el control de mi historia y la distribución estará disponible para todo el mundo, lo cual es mi mayor deseo.

Para estar al tanto de las últimas noticias, eventos y contenido exclusivo, les invito a seguirme en mis redes sociales:

- YouTube: <https://www.youtube.com/@JorgeMayoBooks>
- Twitter: <https://twitter.com/jorgemayobooks>
- Instagram: <https://www.instagram.com/jorgemayobooks>
- TikTok: <https://www.tiktok.com/@jorgemayobooks>
- Sitio web oficial: <https://www.jorgemayo.com>

Agradezco profundamente el tiempo que elijan dedicar a explorar las páginas de esta novela. Que esta historia se convierta en un viaje inolvidable para ustedes, al igual que lo fue para mí al escribirla.

Gracias a toda la comunidad por el apoyo y a todos aquellos que recorren este camino a mi lado, y también a ti, futuro lector. ¡Nos vemos pronto con la novela completa!

SINOPSIS

«Según las leyendas, cada quinientos años, un ser de luz y otro de oscuridad se enamoraban, y el fruto de ese amor tenía el poder de fragmentar el mundo o sanarlo».

En las profundidades del mágico bosque de Hallerbos, los Tars han permanecido ocultos durante eras. Cuando la princesa Iz-Arl desafía las órdenes de su padre y se lanza a la batalla entre Lumínicos y Oscuros, desencadena una cascada de acontecimientos que amenaza con sumir el bosque en una oscuridad sin fin.

Tras el secuestro de la reina de Kaen-Draid, Iz-Arl se verá envuelta en un conflicto titánico entre la luz y la oscuridad. A lomos de gorriones y ardillas, los Tars desvelarán secretos que cambiarán el destino del bosque.

¿Podrá Iz-Arl salvar Hallerbos de la sombra eterna y restaurar la luz perdida?

Adéntrate en esta epopeya donde la valentía y la magia se entrelazan en una danza inolvidable que transformará para siempre la historia de los Tars y el legendario Hallerbos.

«La luz se apagará, pero su memoria perdurará eternamente».

Sil-Van (Príncipe de Kaen-Aman)

PRÓLOGO

Hace quinientos años...

Del cielo, o lo que apenas quedaba de él, llovía ceniza como lágrimas de un mundo en agonía. Las ruinas del reino de Kaen-Aman se alzaban entre las llamas, y el hedor de la muerte recorría sus calles. El río, antaño caudaloso y sereno, se había convertido en negra roca, como un testigo inmutable de la devastación que se había cernido sobre el Reino del Agua. Los alaridos de muerte perforaban los oídos de aquellos que aún permanecían con vida.

—Kaen-Aman ha caído —anunció una voz tenebrosa y moribunda.

El ser que pronunció aquellas palabras se arrastraba por la tierra muerta, envuelto en su propia sangre. Apenas podía distinguirse en él al Tars que una vez había sido. Nada quedaba de luz en el Guardián. Su condena sería eterna, un sombrío recordatorio de las consecuencias de sus crímenes.

—Has destruido lo que juraste proteger, pero aquello que anhelabas ha sobrevivido, y jamás podrás hallarlo —dijo otra voz, más clara y juvenil.

Frente al Guardián se erguía un príncipe de hermosos cabellos, una figura imponente que desafiaba la oscuridad que le rodeaba. Su armadura plateada, perforada por las flechas negras y desgarrada como un emblema de la batalla, exudaba la historia de la guerra contra las tinieblas. Una lanza de plata relucía en la mano del príncipe, impregnada con la sangre del Guardián y de los demás enemigos de la luz. Sin embargo, en aquel momento, el gran príncipe la usaba como un bastión de apoyo vital.

Sil-Van era su nombre, príncipe de Kaen-Aman, cuya presencia irradiaba una majestuosidad marcada por la penumbra de la adversidad. Aun con la boca emanando sangre, apenas sosteniéndose en pie, su determinación brillaba más fuerte que el sol agonizante entre la oscuridad de los cielos.

—Hallerbos ha sido corrompido. Mis vástagos extenderán su dominio en mi nombre —declaró el Guardián—. El poder de la Creadora se desvanece. Las sombras por fin vagan libres por el mundo.

Las dos grandes astas del Guardián, semejantes a las de los ciervos extintos, se alzaban como emblemas de traición y compromiso con la oscuridad. En tiempos antiguos, él había sido la personificación de la belleza en Hallerbos, una figura que ahora se hallaba transformada, impregnada de una malevolencia que empañaba su antigua esplendidez.

—Aún puedo sentir la luz de las estrellas... —dijo el príncipe Sil-Van, cuyo cuerpo se consumía en la agonía, marcado por las heridas infligidas por los poderes oscuros—. Todavía hay esperanza para los bosques.

El Guardián alzó la mirada. Sus ojos teñidos del color de la sangre escudriñaron los cielos. Ningún rastro de luz iluminaba el firmamento, ninguna estrella guiaba desde lo alto. Una sonrisa sutil se esbozó en sus

labios. Aunque él hubiera caído, su misión estaba cumplida. Un nuevo orden se cernía sobre los territorios de los Tars. La oscuridad ondearía su estandarte para siempre.

—Hallerbos necesitaba un salvador, pero se conformó con un esclavo... —musitó con malicia.

El príncipe Sil-Van desató el poder de la Creadora alzando su brazo hacia el cielo. Un rayo de luz surcó el firmamento como un velo celestial que sellaba una prisión indestructible para los siervos de la oscuridad. El rayo impactó contra la tierra, desencadenando un rugido resonante, como si la misma Creadora hubiera lanzado un bramido desde sus dominios divinos. La magia consumió las ya debilitadas fuerzas de Sil-Van, cuya lanza, símbolo de su férreo poder, escapó de su mano, y el príncipe se desplomó, agotado por la sangrienta batalla de Kaen-Aman.

—La luz se apagará, pero su memoria perdurará eternamente —susurró Sil-Van.

El Reino del Agua se sumió en la amargura, la muerte y el caos, como si la esencia misma del dolor hubiera tejido su manto sobre aquel territorio. La mirada del Guardián se apagó como lo haría una flor marchita ante la cruel inevitabilidad. Sil-Van, jadeante y sumergido hasta la cintura en el lodazal que se gestaba entre la tierra y la sangre de los guerreros caídos, apenas lograba distinguir la sombra de la tragedia que se había cernido sobre su reino.

Fue testigo cuando los seguidores de la oscuridad se llevaron el cuerpo inerte del Guardián, una visión que avivó un destello de satisfacción en los ojos del príncipe. Todos eran ahora esclavos de una prisión impuesta por la Creadora. La Prohibición era una maldición eterna, y caía sobre ellos. Ninguno volvería a caminar libre por los bosques de Hallerbos.

—Li-Lith... —susurró Sil-Van, con las lágrimas en sus ojos, reflejando el dolor que desgarraba su alma, su mirada perdida en la agonía de un reino ya sumido en el silencio sepulcral, y su corazón anhelando a su amada.

Con su último aliento, la magia blanca envolvió el cuerpo de Sil-Van, y la Creadora lo recibió bajo su manto protector. Irulian lo acogió como el elegido de sus profecías, como un héroe de Hallerbos, como a un hijo que finalmente regresaba a los brazos de su madre.

CAPÍTULO 1

Otra vez llegaba tarde. Su padre no acostumbraba a ser paciente. Ella era la niña de sus ojos, pero aquello no impediría su enojo. Sin embargo, la tardanza tenía una explicación. En aquella ocasión había ocurrido de verdad. Horas atrás, una visión había emergido en su mente. Resultó ser tan nítida y poderosa, que estaba segura de que influiría en la voluntad del rey.

Tras haber contemplado el horror que la visión le había mostrado, la princesa Iz-Arl no podía permitir que su padre continuara con el plan que había trazado para su pueblo.

Más rápido que el viento, subió las pulidas escaleras de madera que circundaban el pilar central del Árbol Madre. Era el árbol más grande y robusto del reino, y en las antiguas escrituras se le conocía como *Iressia*. La agujereada corteza permitía la entrada de la luz solar, la cual bañaba todas las estancias que habían sido construidas en su interior, y otorgaba calidez a los seres que allí habitaban.

Dos centinelas, ataviados con sus respectivos Uniformes Astilla y armados con dos grandes lanzas, vigilaban el gran portón que daba acceso a la planta más elevada. Diminutas hojas verdes adornaban los marcos de aquella majestuosa entrada.

—Es un privilegio servirlos, alteza —dijeron al percatarse de su presencia. Posteriormente, realizaron una pronunciada reverencia, abrieron el portón, y permitieron la entrada de Iz-Arl al gran salón del consejo.

Ella no pudo evitar tensar los finos labios ante tales corteses palabras. Estaba acostumbrada al privilegiado trato de los guardias reales, pero siempre era incapaz de ocultar una sonrisa agradecida. Ser una princesa conllevaba una abrumadora cantidad de obligaciones. Sin embargo, en ocasiones, resultaba divertido gozar de ciertas ventajas. La amabilidad inconmensurable con la que todos la trataban era una de ellas.

Una estancia circular se abrió ante sus claros ojos. Varias columnas de madera se alzaban en el interior, respetando la sintonía redondeada. Todas se encontraban adornadas por largas enredaderas, que trepaban hasta perderse en la gran incisión del techo. La pared norte también se hallaba al descubierto, y un pequeño balcón otorgaba unas bellas vistas hacia el resplandor del reino. La brisa accedía suavemente al lugar. La frescura se mezclaba con la calidez del Árbol Madre, y se convertía en un regalo de la naturaleza que revitalizaba las almas de los allí presentes.

Aquella era una de las estancias favoritas de la princesa, sobre todo cuando no estaba ocupada por los miembros del consejo. La luz del sol se reflejaba en el cristal que recubría la mesa de madera redonda, la cual se erguía en el centro.

Todos los miembros del consejo real ya se encontraban sentados en sus respectivos asientos. Conversaban y debatían sobre las últimas noticias

que habían llegado al reino. Ninguno pareció percatarse de la presencia de la princesa.

Iz-Arl se aproximó con pasos temerosos. No le gustaban las reuniones del consejo, ni todo aquello que tuviera que ver con la gestión del reino. El silencio se impuso en la sala cuando varias miradas se clavaron en ella. Los latidos de su corazón se aceleraron, pero la reunión no se detuvo.

—Clau-Glir —llamó el rey, con una voz férrea e imperiosa, ignorando deliberadamente que su hija acababa de hacer acto de presencia—. ¿De cuántos Lumínicos disponemos?

Un miembro del consejo, de abultado tamaño y pronunciada calvicie, alzó la mirada al escuchar su nombre.

—Me temo que solo podemos contar con el apoyo de una centena de guerreros, majestad —informó con decisión. Su barba era negra, y se encontraba perfectamente arreglada a pesar de su basta frondosidad.

Iz-Arl tomó el asiento que tenía reservado desde que alcanzó la edad para asistir a aquellas reuniones. Era una bella silla acolchada, compuesta por pequeños cojines granates.

La princesa observó a su padre con detenimiento, quien ocupaba su lugar sobre un pequeño trono de madera, más grande pero igual de acolchado que el de su hija. Ella conocía al rey mejor que cualquiera de los presentes, y percibía su angustia ante lo que, según tenía entendido, estaba a punto de suceder.

—¿Contamos con el respaldo de los Jinetes Ardilla? —preguntó el rey, con un semblante más serio que en la pregunta anterior.

—Tan solo de una veintena de jinetes, majestad —confirmó Clau-Glir al instante. Sabía que era mejor no demorar tan mala noticia.

Ante aquella respuesta, el rey decidió mantenerse en silencio, lo que quería decir que deseaba obtener más información.

—Muchos son los jinetes que aún se recuperan del ataque sufrido hace cinco lunas —explicó Clau-Glir—. Además, majestad, otros cuarenta están asignados a la protección de los dos fuertes de Kaen-Olid.

El rey suspiró y apretó el puño por debajo de la mesa. Sus puntiagudas orejas, tan características de la raza de los Tars, se tensaron. La información no era de su agrado. A lo largo del tiempo, siempre habían ayudado a los demás reinos con tropas o alimentos, pero en aquella ocasión, necesitaban hasta el último de sus guerreros.

—Bir-Fin, ¿qué novedades traen los exploradores?

Todas las miradas se tornaron hacia el miembro más joven del consejo. Se trataba de un guerrero de piel blanca como la luz de las estrellas, cabello largo y rubio, y un cuerpo esculpido y entrenado en el arte del combate. Parecía nervioso, y respiró hondo antes de informar a su rey.

—El enemigo se repliega, majestad —anunció, entrelazando los dedos en busca de firmeza en su cuerpo—. No hay rastro de Oscuros en las ciénagas ni en los árboles muertos. El enemigo ha retrasado todas sus tropas hasta el Árbol Sombrío de Malaz-Dir.

—Saben que atacaremos pronto —susurró el rey. Con la yema de los dedos, acarició suavemente las puntas blancas de su barba mientras examinaba al joven—. ¿Cuántas fuerzas resguardan el Árbol Sombrío?

—Los exploradores informan que en esa fortaleza hay más de quinientos Oscuros, majestad...

Un estremecimiento recorrió a varios miembros del consejo. Quinientos enemigos resultaban ser demasiados. Sin embargo, el sabio Amid-Agnur permanecía imperturbable, ajeno a las declaraciones de sus compañeros. Entre pregunta y respuesta, continuaba levitando papiros en el aire gracias al poder de su mente.

—Amid-Agnur —llamó el rey finalmente en un tono más sosegado que el que había utilizado con los demás.

—¿Majestad? —dijo el sabio, cesando su magia y dirigiendo su atención hacia su rey. Los papiros se deslizaron suavemente hasta reposar sobre la mesa.

—¿Está allí? —preguntó el rey Im-Radil con un aire de misterio en su voz.

Iz-Arl conocía la razón detrás de aquella pregunta. Su padre se refería al *Mitglar*, el objeto mágico más puro y sagrado de los Lumínicos, aquellos Tars que habían elegido adorar la luz de la Creadora.

Para muchos, el *Mitglar* era una reliquia maldita del pasado. Para otros, el arma del elegido. Para Iz-Arl, era la solución al misterio de la magia, el artefacto que resolvería todas sus incógnitas y erradicaría sus visiones.

—Sin lugar a dudas, majestad —aseguró Amid-Agnur con total confianza.

—¿La Creadora aprueba nuestro ataque? —preguntó el rey, fijando en él una mirada profunda e inquisitiva.

—Los designios de Irulian no son fáciles de descifrar —respondió el sabio con su característico tono de voz calmado—, pero no hay señal alguna que presagie un fracaso, majestad.

Amid-Agnur volvió a desviar su atención, centrando sus energías en su magia. Los papiros se elevaron una vez más y quedaron suspendidos en el aire.

Iz-Arl frunció el ceño. Nunca le habían agradado los sabios, pero sin duda, aquel era el peor de todos. Amid-Agnur debía de haber vivido más de cien años, aunque no mostraba señales de envejecimiento. Era notoriamente huraño, grosero y escéptico en cuanto a muchas de las creencias antiguas. Resultaba difícil de entender cómo había permanecido tantos años en el consejo real.

—Está decidido —anunció el rey—. Atacaremos esta noche. Clau-Glir, prepara las tropas. Partiremos al atardecer, cuando el cielo se tiña de anaranjado.

Clau-Glir se limitó a realizar una leve inclinación. Una orden del rey no admitía discusión, y mucho menos desobediencia.

—Padre... —susurró Iz-Arl, aprovechando el silencio. El rey volvió su rostro y miró a los ojos de su hija. Ambos compartían el mismo tono blanquecino en sus iris—. Deberíamos considerar la posibilidad de cancelar el ataque.

—¿Cancelarlo? —repitió el rey, sorprendido—. ¿Qué razón podría llevarme a ello?

Iz-Arl sabía que los obstáculos se presentarían desde el principio. Aun así, debía insistir por el bien del reino. Su padre siempre requería argumentos sólidos para revocar una decisión ya tomada. Sin embargo, no estaba preparada para hablarle nuevamente de sus visiones. Si el rey se enteraba de que continuaba experimentándolas, volvería a obligarla a someterse a las arduas sesiones con el profesor Ag-Pilr, quien le enseñaba a proteger su mente de las fuerzas externas.

—Somos inferiores en número, y el enemigo conoce el terreno mejor que nosotros —argumentó la princesa, cerrando su mente ante la penetrante mirada de su padre.

Lo cierto era que las lecciones de Ag-Pilr, un sabio experto en la magia de la mente, le habían resultado muy útiles. Hacía años que era capaz de ocultar sus pensamientos a los demás.

—Eso es innegable —asintió el rey. Deslizó suavemente la mano sobre la espalda semidesnuda de su hija, acariciando su piel mientras buscaba algo en las miradas de los presentes—. La ventaja de los Oscuros reside en su superioridad numérica. Nuestra fortaleza proviene de nuestro entrenamiento. No existen guerreros más competentes en todo Hallerbos que aquellos que se forman en este reino, en Kaen-Draid.

Iz-Arl frunció el ceño mientras su padre alzaba el puño. Los miembros del consejo respaldaron a su rey con un pequeño grito de guerra. El argumento de la princesa no había tenido el efecto deseado.

Decidió entonces recurrir a un camino más arriesgado que las palabras. Se esforzó en vaciar su mente por completo. Cuando lo logró, dirigió su energía hacia el rey. Se concentró en él, en la fuerza que emanaba su ser. Primero, analizó cada uno de sus movimientos. Luego, sintió su respiración y percibió los latidos pausados de su corazón. Finalmente, la princesa se sumergió en los recuerdos de su padre, deslizándose entre sus pensamientos.

Finas nebulosas de luces verdes le impidieron acceder a los recuerdos pasados de su padre. El rey era un maestro en el arte de proteger su mente contra intrusiones externas. Al parecer, aquella vía de comunicación resultaba inaccesible, y el lenguaje era la principal herramienta que la princesa disponía.

—Los Oscuros obtienen su fuerza de la larga noche —insistió ella, manteniendo el control sobre sus emociones, a pesar de que lo que decía era algo que todos los presentes ya conocían—. ¿Por qué apresurarnos en el ataque? ¿Por qué no esperar al amanecer, cuando el poder enemigo se debilita y el nuestro se fortalece con los primeros rayos del sol?

—Los guerreros de la oscuridad estarán preparados para un ataque cuando el sol se alce en el firmamento, alteza —intervino Amid-Agnur, el sabio más poderoso del reino—. La estrategia de tomarlos por sorpresa será lo que nos otorgue la victoria.

El rey reflexionó sobre su decisión durante unos momentos. Amaba a su hija, y siempre concedía un gran valor a su opinión dentro del consejo. Sin embargo, Amid-Agnur tenía razón.

—Está decidido, Iz-Arl —afirmó finalmente.

Los consejos del gran sabio siempre habían tenido un profundo impacto en él. Iz-Arl reconocía que gracias a las decisiones del rey Im-Radil, el reino de Kaen-Draid había prosperado en paz durante mucho tiempo. Pero habían estado ciegos durante muchos años, y ahora la sombra de sus enemigos se cernía sobre ellos una vez más.

—Padre, tengo un mal presentimiento —murmuró, gastando su última flecha.

Había claridad entre las imágenes de sus visiones. La conclusión era evidente. No debían emprender el ataque contra los Oscuros. Si lo hacían, el pueblo de Kaen-Draid sufriría.

—¿Tus visiones han regresado? —dedujo el rey, frunciendo el ceño mientras examinaba el rostro de su hija.

Iz-Arl comenzó a sentir una leve presión en su mente, una fuerza diferente a todas las demás. El rey Im-Radil, haciendo uso de la magia, intentaba escudriñar sus pensamientos. La princesa recordó sus rigurosas lecciones. Debía concentrarse en algo completamente diferente para levantar altos muros en su mente, y tenía que hacerlo de inmediato.

Recordó las frías mañanas de primavera en las que se levantaba temprano y tocaba el arpa bajo la luz distante del sol. La música se fusionaba con la naturaleza, creando una melodía capaz de entrelazarse con los corazones de quienes la escuchaban y disipar sus temores.

Cualquier pensamiento que alejara a su padre de sus visiones sería beneficioso para el futuro del reino.

—Cuéntanos lo que has visto —ordenó el rey con voz imperativa.

Su maestría en la magia superaba con creces a la de su hija. No le resultó difícil discernir que las visiones de la princesa habían regresado.

Iz-Arl se estremeció. Su piel se erizó y su voz se ahogó en su garganta. Mentir al rey estaba penado con el destierro eterno. No importaba quién fueras, incluso si eras la heredera del reino de Kaen-Draid.

—Habrà una emboscada —confesó Iz-Arl, finalmente—. Los Oscuros esperan nuestro ataque.

Los miembros del consejo murmuraron entre ellos, pero el rey alzó rápidamente la mano y volvió a enfocar su mirada en su hija.

—¿Qué más has visto? —preguntó con urgencia.

Iz-Arl sabía que, una vez iniciada aquella batalla, debía llegar hasta el final. Inhaló profundamente y se preparó mentalmente para lo que tenía que decir. Demasiadas eran las visiones que deseaba no haber presenciado

nunca: destellos de guerras antiguas, espantosas escenas de batallas pasadas. Pero aquellos no eran los mayores miedos de la princesa. Lo que más temía era el futuro que se cernía sobre su pueblo, un futuro mucho peor que las masacres del pasado.

—Los actos de esta noche desencadenarán una nueva guerra, una guerra final —anunció Iz-Arl, con el horror en su voz y su mente—. No puedo decir cómo, porque lo desconozco, pero si atacamos, el enemigo hallará el *Mitglar* y lo usará contra nosotros. Todos pereceremos en la oscuridad.

Las palabras que describían su visión más reciente dejaron una profunda impresión en los miembros del consejo. Un silencio pesado volvió a instaurarse en la sala, tan sólido y duradero que parecía rasgar el aire que se filtraba a través de los enormes huecos de la corteza del Árbol Madre.

Su padre no se caracterizaba por ser un rey que se tomara a la ligera una visión. Él conocía bien las historias antiguas y era un hábil poseedor de magia innata. Era su deber escuchar a su hija. Debía cancelar el ataque. Era vital que lo hiciera.

—¿Qué opinas, Amid-Agnur? —preguntó a su fiel consejero.

Iz-Arl se quedó paralizada, desconcertada por la repentina indecisión de su padre. ¿Por qué no revocaba su decisión y postergaba el ataque? ¿Por qué estaba buscando una segunda opinión?

—Solo es cuestión de tiempo que el enemigo encuentre el arma sagrada y la vuelva contra nosotros —respondió el sabio—. Si lo consigue, nada podrá hacerse para evitar la destrucción del reino, majestad.

El rey se acarició la frente mientras sopesaba todas las opciones. Finalmente, sus ojos blanquecinos volvieron a posarse en Iz-Arl.

—¿Entiendes por qué no podemos demorar el ataque, hija? —dijo con suavidad—. El tiempo se nos escapa de entre las manos. Este ataque es vital para nuestra supervivencia. Incluso ahora, mientras debatimos entre nosotros, el enemigo incrementa su ejército y se hace más fuerte.

—Padre, por favor... —suplicó la princesa, aferrando el brazo del rey en un último esfuerzo por evitar que aquello fuera definitivo.

—Las órdenes son claras —concluyó el rey Im-Radil, evitando cualquier otra posibilidad de súplica—. Quiero a todos los guerreros listos para el combate cuando caiga el sol —ordenó a los miembros del consejo.

Así, dio por finalizada la reunión del consejo. Uno por uno, todos los miembros se despidieron con una ligera inclinación antes de abandonar la estancia.

—Permanecerás al cargo del reino hasta que tu madre y yo regresemos —afirmo el rey cuando se quedaron solos—. He transmitido esta instrucción al consejo.

El golpe fue devastador para la princesa. Significaba que su padre no la permitiría unirse al combate. Si bien sabía que él consideraba que no estaba lista para la batalla, se preguntaba por qué razón estaba enviando a la reina al frente de la guerra. Iz-Arl luchaba por entender lo que estaba ocurriendo; la perspectiva de que su madre se enfrentara a los siervos de la

oscuridad la inquietaba profundamente. Aunque estaba al tanto de las hazañas que se contaban en los libros sobre la gran destreza de la reina como guerrera, la gravedad de la situación superaba sus expectativas.

Sin más opciones que aceptar la decisión de su padre, Iz-Arl se encontró sola en la sala del consejo en un abrir y cerrar de ojos. Su padre, uno de los Lumínicos más ocupados del reino, también la había dejado atrás.

La princesa decidió ponerse en marcha. No había mucho más que pudiera hacer. Sin embargo, sus pies la llevaron hasta uno de los balcones de la estancia, desde donde podía contemplar todo el reino extendiéndose ante ella. La naturaleza se entrelazaba con la vida cotidiana de Kaen-Draid, desde los árboles adornados hasta los pequeños riachuelos. La gran ciudad cobraba vida, el comercio comenzaba en la capital y la producción se ponía en marcha. Los niños jugaban en la frescura de las aguas del arroyo. La gran ciudad era un reflejo de la propia naturaleza.

Se había levantado temprano, como era su costumbre, pero ahora el sol ya se vislumbraba entre las hojas de los árboles.

—Alteza —llamó una voz suave y familiar a su espalda. Iz-Arl giró su torso y vio la silueta fina y bella de su fiel sirviente y amigo—. ¿La acompaño a sus aposentos?

—Si-Fana... —murmuró antes de sonreír—. ¿Cuántas veces debo decirte que no me llames alteza?

—Es mi deber, alteza —respondió él a modo de disculpa, y le devolvió la sonrisa.

Iz-Arl sintió un impacto en su mente, algo que no debía haber experimentado. Su sonrisa se desvaneció rápidamente al observar las finas líneas que surcaban el rostro de su amigo. Un agudo silbido resonó en sus puntiagudos oídos, y la realidad se convirtió en un torbellino de humo blanco. Un dolor penetrante se apoderó de su torso mientras su conciencia abandonaba la estancia, el Árbol Madre y el reino. Una nueva visión se desplegó ante ella: Si-Fana, vestido con una Armadura Astilla y su rostro magullado... Él también combatiría aquella noche. La oscuridad acechaba. Cuando el sol se ocultara y el día llegara a su fin, la sangre de su amigo se mezclaría con la de la mayoría de los guerreros de Kaen-Draid en un trágico sacrificio.